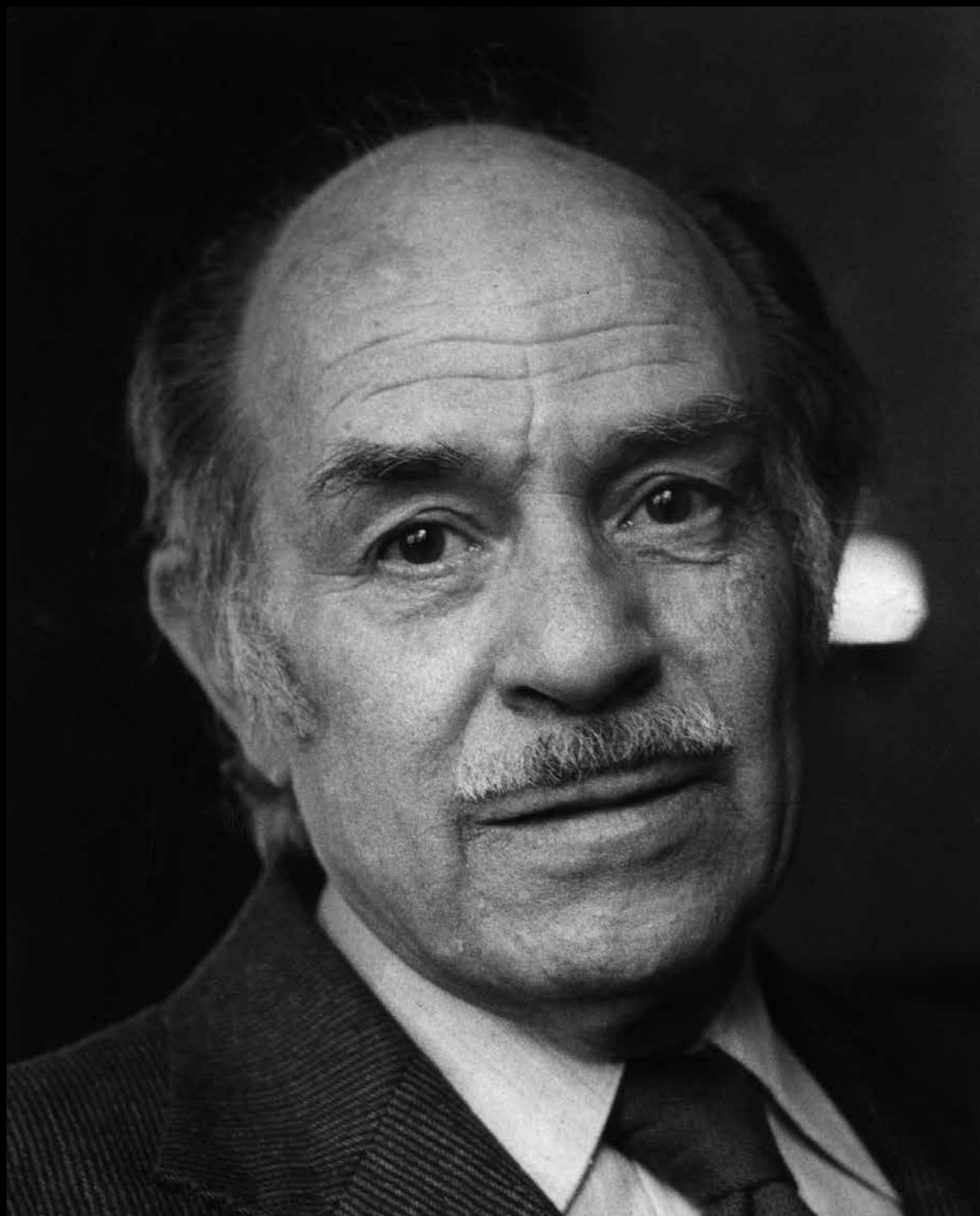
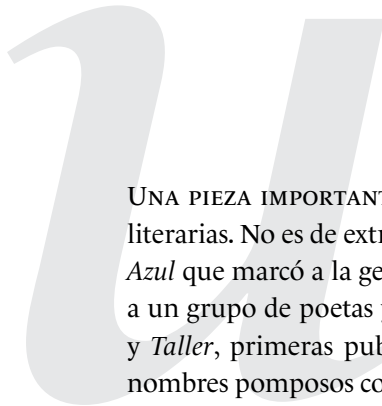


# Edmundo Valadés, editor

Josué Barrera





UNA PIEZA IMPORTANTE EN LA HISTORIA de la literatura mexicana son las revistas literarias. No es de extrañarse encontrar una y otra vez la referencia a revistas como *Azul* que marcó a la generación de finales del siglo XIX; *Contemporáneos*, que reunió a un grupo de poetas y dramaturgos que renovaron las letras mexicanas; *Barandal* y *Taller*, primeras publicaciones periódicas de Octavio Paz; y publicaciones con nombres pomposos como la *Revista Mexicana de Literatura*, *Letras de México* o *Revista Mexicana de Cultura*.

Nadie duda de la importancia de estas publicaciones en la literatura mexicana, pero un rasgo común es que cada una de ellas cobijaba a un grupo de escritores con una visión particular de la cultura. Muchos de estos grupos se volvieron mafias que al nombrar una y otra vez las revistas donde ellos mismos publicaban o editaban se volvieron una referencia que aún tiene eco en la historia del país.

Sin embargo, al margen de estas revistas surgieron otras que no han sido tan citadas porque no agruparon a una generación de autores, porque no surgieron para difundir una ideología política, no se editaron para discutir con otras publicaciones y no dependieron de la administración cultural en turno. Uno de estos logros editoriales fue la revista *El cuento*. Al hojear cualquier número, ya sea de la primera etapa iniciada en 1939 o de la segunda etapa, en 1964, lo que es visible es la calidad literaria. No fue la revista de Edmundo Valadés como *Azul* lo fue de Nájera o *Taller* lo fue de Paz, sino que fue de todos los cuentistas. Cada número es una antología de la narrativa, sin el interés de elegir entre el canon literario o con la consigna de desprestigiar a narradores de provincia.

*El cuento* fue el centro donde muchos partieron y volvieron con los años. Fue el trampolín de escritores jóvenes y la presentación de autores extranjeros. Fue una revista que viajó por el peso de sus textos, no porque el director fuera embajador en otros países. Fue una publicación de entretenimiento para lectores no especializados, pero al mismo tiempo una referencia clave de la narrativa del siglo XX.

Editar más de cien números de una revista no es algo fácil en ninguna parte del mundo y mucho menos en México. El propio Valadés señaló que en esta revista se publicaron alrededor de mil cuentos. Para elegirlos, confesaba que leyó alrededor de diez mil historias. ¿Cómo encontraba Edmundo y su equipo de trabajo tantos cuentos en una época sin internet?, ¿cuántas horas invertiría para preguntar, investigar, leer, elegir, corregir, releer y editar?

Esto sin duda tuvo un precio. En una serie de entrevistas, Valadés confesó, sobre todo al final de su vida, que pasó mucho tiempo leyendo cuentos y difundiendo el trabajo de otras personas. En algunas entrevistas aceptó que pudo haber invertido ese tiempo en su propia obra. Recordemos que publicó dos libros de cuentos

—*La muerte tiene permiso y Las dualidades funestas*— y uno donde recopila cuentos anteriores agregando otros nuevos —*Sólo los sueños y los deseos son inmortales, palomita*—. Por cierto, ¿no es momento de publicar una reunión de sus cuentos como fueron los casos de Jesús Gardea y Amparo Dávila?

En apariencia sus cuentos son sencillos porque están escritos de manera tradicional, sin hacer uso de varios planos narrativos o tratando de innovar el lenguaje (excepto “Rock”). Son historias claras y sin muchos giros sorpresivos. Pero en eso radica su importancia: describen la condición humana tal cual es, llena de miedos, sobresaltos, nostalgias y sorpresas.

Un rasgo notorio en sus relatos es algo que delata a Edmundo: su timidez. En muchas entrevistas aceptó que lo era y al final de su vida lamentaba no haber escrito más cuentos y publicar otros volúmenes. Así eran sus personajes: el hombre que duda si roba o no, los campesinos que piden permiso para matar, el peón que se pregunta si vale la pena rebelarse.

La obra de Edmundo Valadés estuvo opacada por los libros de Juan Rulfo y Juan José Arreola. *La muerte tiene permiso* se publicó en el mismo año y en la misma editorial que *Pedro Páramo*. Hoy podemos decir que Rulfo no volvió a publicar por culpa de sus fantasmas, mientras que Valadés no volvió a publicar por su trabajo como divulgador del cuento.

En sus últimos años, según un artículo de Guadalupe Aldaco, Valadés estuvo lleno de nostalgia y aparentemente de depresión. En este texto se citan las palabras de Valadés: “yo debería de haber dejado todo para encerrarme y ser el amanuense de ese escritor —el escritor que todo autor lleva dentro— y escribir lo que me dictaba. Desafortunadamente no lo hice, así fui matándole su voz a ese escritor. Quizás por eso he escrito poco, porque mi escritor se habría sentido defraudado, cansado de exigirme y que yo no le hiciera caso”.

En otra entrevista, Valadés, quien se definía como un buceador de cuentos, mencionó: “*El cuento* me ha dado mucho pero también me ha quitado mucho, porque tengo que leer por obligación, hasta que de repente encuentro un buen cuento”. En otro lugar

indicó: “Quizá lo mejor que he hecho es *El cuento*... Si quedo en la literatura mexicana va a ser porque fui editor de la revista”.

Todos los escritores que han fundado revistas —Manuel Gutiérrez Nájera, Octavio Paz, Carlos Fuentes, entre otros— aportaron su legado editorial a la literatura, pero se enfocaron en su obra literaria. El caso de Valadés fue diferente, y eso lo convierte en un promotor y difusor de la cultura excepcional.

¿Pero cómo logra sobrevivir una revista que tiene tirajes de miles de ejemplares en un país como México? Él mismo aseguraba que en algunos números tuvo que poner dinero de su bolsa. Con los años, su sobrino, Adrián García Valadés, compró la revista, nombró director a su tío y le asignó un salario. Fue así que pudo continuar; aunque también su sobrino enfrentó problemas económicos.

¿Qué haría Valadés en estos tiempos?, ¿editaría la revista de manera física o se volcaría a internet? ¿Abriría una cuenta en *Twitter* donde publicaría minificciones? ¿La revista digital duraría más de treinta años?, ¿buscaría una beca para imprimirla?, ¿respondería a cada uno de los correos electrónicos que le llegaran? O tal vez la revista se perdería en el mar de publicaciones actuales.

Si la trayectoria de *El cuento* fue algo excepcional en la literatura mexicana, el proyecto de digitalizar cada uno de sus números no es algo menor. Mediante este proyecto podemos leer los más de cien números y, por si fuera poco, buscar por autor o por texto. Esto permitirá la difusión de *El cuento* entre un público joven y depende de nosotros asegurar su permanencia en el mundo digital. Se pueden encontrar cada uno de sus más de cien números en: <http://www.elcuentorevistadeimaginacion.org/>

El trabajo de editor de Valadés es una lección de paciencia y constancia para las generaciones actuales que buscamos resultados con rapidez; una lección para no dejar los proyectos propios a la par de otros trabajos; una lección de persistencia en épocas oscuras y de crisis (a la revista le tocó el 68, el 71 y varias devaluaciones); una lección de sobrevivencia editorial; pero sobre todo una lección de buena literatura. 